

EL PROFESOR⁽¹⁾

Por RAUL FERRERO

Profesor en la Universidad Católica del Perú

Hay que arañar la superficie para encontrar la verdad, que es la esencia. Quintales de literatura de mal gusto, difundidos por el oficialismo de muchos países, han enterrado casi la verdadera figura del profesor. De éste puede decirse lo que Dimitri Merejkovsky —ese formidable auscultador— afirmaba de Napoleón: Bajo la lámpida de cuarenta mil volúmenes, se halla el soldado desconocido.

Yo quiero hacer un trazo de ese hombre que plasma a las generaciones jóvenes, sin que los padres ni el Estado adviertan la importancia de su misión ni el callado renunciamiento de su esfuerzo. Bueno es que quienes anhelan seguir tan noble profesión sepan que ella entraña un verdadero apostolado. Porque creer que el profesorado es una carrera de excelentes rendimientos económicos, no es sólo un error de ilusos. Es un crimen. A la enseñanza debe irse sólo cuando una vocación definida nos impulse a sembrar. Jamás en busca de un negocio.

El maestro ha de ser siempre un educador, un modelador de almas. Y educar se deriva del latín *educare*, crear o cultivar, y de la raíz *educere*, sacar afuera. La educación, por tanto, consiste en desarrollar las aptitudes que el niño o el adolescente posean, en ejercitarlas y en orientarlas. Esta marcha debe ser cumplida sin los azares de un tanteo ciego; ha de seguir un plan y perseguir un propósito bien definido: hacer hombres mejores. Porque un hombre instruido, pero moralmente deficiente, es cien veces más peligroso. Más hubiera valido dejarlo en la ignorancia, ya que la ciencia pro-

(1).—Conferencia sustentada en el Teatro Municipal del Callao, en el ciclo sobre orientación profesional organizado por la Asociación de Ex-alumnos Maristas, el 18 de diciembre de 1938.

porciona armas tremendas para quienes no deseen permanecer en el camino de la honradez.

CUALIDADES DEL EDUCADOR

En el fondo, la educación es una verdadera paternidad espiritual. El maestro refleja sobre el alumno su propia alma; le transmite algo de su vida y de sus modalidades mediante el vehículo de la palabra y del ejemplo. El maestro es, pues, responsable ante Dios y la Patria, de los que sólo es un auxiliar, por la educación que imparta. Su calidad sustancial es la *autoridad*, virtud que deriva de muy diversas notas. La autoridad es un fenómeno de orden síquico: "una representación mental, mutua y de sentido contrario, de dos individuos unidos por un lazo social de subordinación". En la escuela, estos dos individuos son el maestro y el alumno. El primero tiene el derecho de mandar; el segundo se somete a las órdenes y deja absorber parcialmente su personalidad.

La autoridad no se obtiene sólo por el temor, ni sólo por el amor. Se obtiene por ambos. Pero, sobre todo, por el amor, es decir, por el respeto, por el aprecio, por el afecto y la consideración. No hay razón alguna para ser un profesor truculento o tremebundo: hablar con acritud, actuar con rudeza, tratar despectivamente, empacarse de suficiencia, castigar con rigor desproporcionado, todo ello aleja del alma del alumno y apaga sus impulsos nobles. Igualmente peligroso, con la añadidura de indignidad, es el extremo opuesto: la enseñanza sólo por amor, la escuela sin castigos ni disciplina, el entronizamiento de la adulación al alumno, nota esta última que suele ser típica en la enseñanza universitaria.

La escuela moderna intentó realizar el sueño de algunos pedagogos utópicos: el alumno no debía ser castigado ni compulsado; una amplia libertad permitiría al educando el camino que mejor le pluguiera. Muy pronto se vieron los funestos resultados de tan lírico y anti-natural sistema: imperio del capricho, falta de respeto, ruina del alma. Y nada se diga de las Universidades en cuyos claustros se enseñoreó la tiranía insolente de los alumnos y el miedo inverosímil que arrinconaba a los maestros en cuitado servilismo. Hoy más que nunca, puesto que atravesamos por una general etapa de crisis de la autoridad, así en la familia como en la sociedad, se hace indispensable el marco de la disciplina. Y su fundamento

no es jamás la benevolencia complaciente, la generosidad excesiva o la lenidad alentadora.

La autoridad del profesor se deriva de tres clases de condiciones:

a) *Físicas*.—Ha de gozar de buena salud y ser de compleción resistente. De lo contrario, no podría soportar la extenuante tarea de preparar la clase, dictarla, controlar al alumnado y corregir los temas y ejercicios. La normalidad en los sentidos le es indispensable. La falta de vista o la deficiencia auditiva impiden controlar eficazmente la disciplina y advertir certeramente las causas del desorden. La mirada juega un importante rol en la enseñanza y en el mantenimiento de la disciplina. Con ella se estimula o se reprime. Muchas veces, basta la mirada fija en un alumno para darle a entender un reproche o manifestarle que son conocidos sus vicios ocultos. La deficiencia de la vista o del oído crea fácilmente la indisciplina, dada la dificultad que tiene el maestro para localizar el origen de la distracción.

Pero nada es más importante que la voz. De ahí la importancia de cuidar el buen estado de la laringe y vías respiratorias en general, procurando dar a la voz la máxima sonoridad, energía y dulzura. Dice Dupanloup: "En la educación, la palabra es un gran instrumento espiritual y moral; es el noble órgano del espíritu y del corazón que se dirige al alma, la penetra, alumbra, conduce, cautiva y domina. Es palanca que todo lo remueve". Dos cualidades son esenciales a la voz: claridad y entonación. La claridad da mayor eficacia a la voz; la voz apagada o ronca desagrada y no estimula la atención. La entonación debe librar el escollo de la monotonía, tan frecuente inclusive en los maestros que hablan alto. La uniformidad de la entonación causa aburrimiento y fastidio. Si es constantemente baja, adormece. Si es muy alta, termina por fatigar al alumno y, sobre todo, no le permite apreciar qué parte de la lección es más importante, puesto que el profesor da a todas igual vector oral. Lo peor es el sonsonete de quien repite de memoria. La voz ha de recorrer desde lo grave y fuerte, hasta las modulaciones suaves y persuasivas. De lo amable a lo enérgico, modulando el énfasis y haciendo vibrar los impulsos afectivos para así comunicarlos mejor al alumno.

Además, el maestro requiere, aún en el orden físico, cierta dignidad exterior, debiendo vestir sin pretensión, pero también sin abandono o negligencia. La leyenda del profesor desaliñado —en la que muchos escondían su temor al frío y al esfuerzo higienizador— ha sido ya totalmente desestimada. Tanto como aquella otra que exigía de todo poeta que fuera melencólico y de todo intelectual que usara una americana a la que sólo faltara una cuarta para ser promovida a sobretodo. El porte del maestro ha de ser severo y sencillo, evitando las manías ridículas o los gestos desordenados. Las actitudes descompuestas, la afectación solemne y el ademán presuntuoso están reñidos con el buen tono.

b) *Intelectuales*.—Ha de poseer el maestro conocimientos bien estructurados y de una profundidad proporcionada al grado de enseñanza. El valor del maestro se acrecienta con el estudio. Jamás llega un hombre a saber bastante. Claro está que la enseñanza no debe ser recargada inútilmente. Tenga presente el profesor que su misión es enseñar, y no lucirse. Por lo tanto, sus explicaciones han de ser sencillas, al alcance de los alumnos, pero indicadoras de una versación auténtica y de un conocimiento profundo. Así, los alumnos más destacados o acuciosos, recibirán la impresión de que, si lo precisaren, podrán encontrar en él mayores datos y orientaciones.

Además de su preparación profesional (conocimientos científicos, históricos, filosóficos, literarios o artísticos), requiere una cuidadosa capacitación pedagógica, la que sólo se adquiere siguiendo cursos metodológicos. Ciertamente es, y así nos lo prueba el caso de muchos distinguidos profesores, que lo sustancial para ser maestro no es el estudio pedagógico, sino la vocación y el temperamento. Resulta curiosa a este respecto la comprobación de que los alumnos muestran excelente aprendizaje y gran amor por muchos maestros que carecen de título pedagógico, pero magníficamente dotados por su cariño a la juventud y su claridad y orden en la exposición. El maestro debe desarrollar su espíritu de observación, que jamás llega a ser perfecto, procurando penetrar en el pensamiento y en el corazón de cada alumno.

c) *Morales*.—El profesor requiere un espíritu bondadoso a la vez que enérgico. No debe confundir nunca bondad con mansedumbre. Nada es más perjudicial que la tolerancia, puesto que relaja la disciplina y quebranta gravemente el respeto hacia el profesor.

Los propios alumnos, aparentemente beneficiados con la tolerancia del maestro, *son los primeros en despreciarlo por su debilidad*. La bondad verdadera es un don que no necesita mostrarse débil. Es delicada, imparcial, constante y firme.

Ha de ser imparcial, porque las injusticias, a más de ser censurables, desmoralizan a los alumnos y contribuyen a desconcepar al superior. Ha de ser constante en su bondad, porque sólo así gana el aprecio y la consideración. Ha de ser delicado, para que su bondad no hiera con involuntarias ostentaciones del favor que se concede. Ha de ser firme, sin tolerancias cómplices, sin transacciones ni regateos. Nada es más fácil para el alumno que abusar de la bondad del maestro. La distancia que separa la bondad de la mansedumbre es tan pequeña e indefinible, que el profesor corre siempre el peligro de confundir una con otra. Debe cuidarse, por tanto, de mantener siempre una línea firme, inteligentemente flexible, pero jamás tolerante o complaciente.

Pero de nada servirían la cortesía en las maneras y la corrección del lenguaje sin la integridad en las costumbres. Dentro y fuera de la escuela, el maestro debe ser un paradigma de corrección y buen proceder, porque la virtud irradia sobre los demás como un ejemplo vivificador. Ennoblecce el espíritu y concede al hombre un sello de incontrastable respetabilidad. Requiere, pues, el educador sólidos principios morales y religiosos, severamente observados. Como quiera que nadie puede dar aquello que no posee, el maestro, enseñante de moral, ha de vivirla con sobrio orgullo e inculcarla con paternal solícitud.

TECNICA DE LA LECCION

Desde el siglo XVII, Comenius y Ratke, checo el primero y alemán el segundo, contribuyeron a formular el decálogo didáctico, para el arte de enseñar. Más tarde, Herbart y Pestalozzi introdujeron en él algunas modificaciones. A Herbart se debe la mayor parte de los principios de la pedagogía psicológica, así como la creación del seminario pedagógico en la Universidad de Koenisberg. A Pestalozzi, gran benefactor de la humanidad, se debe la reforma de la metodología psicológica y la creación de la Escuela Normal Modelo de Iverdún; sus más eminentes colaboradores fueron Krussi, Buss, Tobler y Naef.

El decálogo didáctico, formulado por Comenius en el "Spicilegium didacticum", es el siguiente:

- 1º La actividad es una ley de la niñez: acostumar al niño a obrar; educar la mano.
- 2º Cultivar las facultades en su orden natural: primero, formar la mente; luego, proveerla.
- 3º Principiar por los sentidos, y no decir al niño lo que pueda descubrir por sí mismo.
- 4º Dividir cada asunto en sus elementos: una sola dificultad es bastante para un niño.
- 5º Proceder paso a paso y acabadamente: la medida de la instrucción no es lo que el maestro puede dar, sino lo que el niño puede recibir.
- 6º Que cada lección tenga un objeto inmediato y otro mediato.
- 7º Desarrollar la idea, dar la palabra que la representa y cultivar el lenguaje.
- 8º Pasar de lo conocido a lo desconocido; de lo simple a lo compuesto, de lo concreto a lo abstracto; de lo particular a lo general.
- 9º Primero, la síntesis; después, el análisis: no seguir el orden del asunto sino el de la naturaleza.
- 10º La intuición es la base de la instrucción: enseñar las cosas por las cosas mismas.

La lección o clase es una *unidad metódica*. Forma parte de una materia de enseñanza o asignatura, la que a su vez es parte de un plan de estudios. En rigor, las lecciones provienen de la división material que se hace a efecto de graduar las dificultades, organizando el estudio. Todo maestro, cualquiera que sea su versación y eficiencia, debe preparar la lección, ordenando sus elementos, ayudándose con fichas indicadoras y retentivas, repasando o aumentando sus conocimientos y, sobre todo, disponiendo una pequeña pauta para que la explicación y el desarrollo sean claros, lógicos y graduados. Confiarse en la facilidad de palabra, recurso éste muy corriente, o en el conocimiento anterior del tema, es una falta moral a la que inducen el ocio y los compromisos frívolos.

Para llenar su objeto, la lección debe reunir condiciones didácticas y formales. Tales requisitos, universalmente establecidos, son

los seis siguientes. Exponerlos es, en último análisis, compendiar toda la didáctica.

Primer requisito: "Debe ser adecuada a la capacidad mental de los alumnos". Los conocimientos que se proporcionen a los educandos, así como el lenguaje que se emplee, deben estar al alcance de su inteligencia y de su peculiar mentalidad. Es defecto muy común entre los profesores noveles olvidar que la medida de la instrucción está dada por lo que el alumno puede recibir, y no por lo que el profesor puede enseñar. El encadenamiento lógico ayuda notablemente a comprender y retener los conocimientos. Suele ocurrir que los maestros noveles, por natural afán de exhibir lo mucho que han preparado, abruman a los alumnos con detalles innecesarios.

Segundo requisito: "Debe despertar el interés y la animación". Sin interés, la atención no es solicitada por ningún estímulo. Despertando la curiosidad de los alumnos y comunicándoles entusiasmo mediante las inflexiones de voz y la amenidad del desarrollo, se aviva el esfuerzo intelectual y se enseña a amar los conocimientos transmitidos. Concurren a dar amenidad a la lección las dotes naturales del maestro, tales como su simpatía personal, su voz y sus modales, y ciertos recursos técnicos, tales como las preguntas variadas, las ilustraciones atrayentes y la exposición metódica. Gran ventaja posee el maestro si la naturaleza lo ha dotado de un timbre de voz agradable y de un carácter jovial. Sobre todo, el maestro ha de ser un temperamento artístico: amar el tema por el tema mismo, y volcar su propio entusiasmo, esparciendo entre los discípulos cariño por el asunto y animación por seguir el desarrollo. En el fondo, el maestro, como todo creador, debe ser un artista. Puede, así apoderarse del mundo de valores que pretende enseñar, puede exponer la naturaleza o la historia sin disociarlas, y puede comunicar su vibración, honda y sincera, al alma de los alumnos.

Tal virtud, natural y congénita, existe en el profesor cuando los alumnos dicen de él que "explica con gusto". Por lo demás, sin descender jamás en el tono moral de la clase ni recurrir a la plebeyez del estilo, el maestro ha de procurar imprimir mayor interés mediante las anécdotas, los chistes bien traídos, y las referencias locales o nacionales que pueda sugerir el tópico de la lección.

Tercer requisito: "Debe ser intensiva y no simplemente extensiva". O sea, que los conocimientos que el profesor imparte deben ser sólidos y profundos. No debe divagar sobre generalidades ni explicar varios temas en una misma clase. Las ideas deben ser bien fundamentadas, dejándose las ideas secundarias y derivadas a la propia elaboración de la mente escolar. Sólo así se dará margen a la iniciativa del alumno y se evitará el adocenamiento mental al que conducen el aprendizaje de memoria y la simple repetición de las copias o textos. Debe enseñarse en cada clase poco y bien. Para lo cual se ha de insistir en los puntos difíciles, empleando la repetición, variando las preguntas y simplificando los ejemplos. Nada es más grave que exponer diversas teorías, sin decidirse por alguna, pues la mente del alumno queda desorientada y apenas si alcanza a formarse una nebulosa. En determinados casos en que tal definición es imposible, el maestro ha de poner especial cuidado en dejar claras las posiciones.

Cuarto requisito: "Debe instruir y educar a la vez". Ha de procurarse que el ejercicio de la actividad mental sea armónico, favoreciendo por igual todas las facultades. Debe huirse de los extremos, cuales serían una enseñanza puramente abstracta o exclusivamente perceptiva. Conviene no descuidar el desarrollo de las funciones superiores en los alumnos, naturalmente inclinados a la actividad perceptiva y concreta. El maestro (si quiere merecer tal noble calificativo) cuidará de aprovechar toda clase de ocasiones para hacer reflexiones morales y arraigar sentimientos elevados. En posterior publicación, al tratar de la orientación nacionalista de la Enseñanza, desarrollaremos detenidamente este pensamiento.

Quinto requisito: "Debe ser ilustrada convenientemente y suficientemente". Ilustrar una lección es hacer que todos los conocimientos nuevos sean intuitivos, es decir, "que sean adquiridos en presencia de las cosas mismas, y no por la sola referencia del profesor". Se dice que una clase es convenientemente ilustrada cuando "los objetos representativos corresponden a la realidad, es decir, cuando poseen todos los caracteres específicos de las cosas que representan". Y es suficientemente ilustrada cuando se dispone de objetos, gráficos, o ejemplos, variados y ad-hoc.

Puede ilustrarse una lección de tres modos: 1) Presentando a los alumnos los objetos naturales o sus representaciones plásticas; 2) Valiéndose de imitaciones o representaciones gráficas, y 3) Mediante ejemplos o explicaciones orales. Este último modo de ilustrar tiene la ventaja de estar siempre al alcance del maestro, a más de que muchas veces es la única ilustración que puede dar una idea de lo que se quiere enseñar. Hay ciertos conceptos, particularmente los principios éticos, que no pueden ser ilustrados objetiva ni gráficamente; es entonces que la palabra explica valiéndose de ejemplos. Tal debe hacerse al tratar de máximas morales o de virtudes patrióticas. El lenguaje, el gesto y la riqueza de imágenes orales, alcanzan un resultado muy superior.

Sexto requisito: "Debe ser metódica y constar de tres de partes esenciales: la introducción, el desarrollo del asunto y la recapitulación". La introducción debe contener referencias a los conocimientos adquiridos en clases anteriores e ir preparando la mente para recibir el buen conocimiento. En el desarrollo, se presenta el asunto o tema a la inteligencia de los educandos, y se expone razonadamente y de acuerdo a un plan previo. De ahí que sea indispensable la preparación del profesor, el cual debe haberse trazado previamente una pauta en base a los conocimientos por transmitir, a la cantidad de temas y a las dificultades por superar. El estudio previo y un hábil manejo del material bibliográfico correspondiente, capacitan al maestro para efectuar un desarrollo metódico en el que las dificultades vayan siendo gradualmente superadas por la mente del alumno. La recapitulación aplica el conocimiento enseñado y precisa los conceptos, subrayando aún más los puntos capitales.

El desarrollo requiere mucho acierto en la división del tema, debiendo seguirse en lo posible el orden de la naturaleza de las cosas o principios que se enseñan. No conviene abusar de las subdivisiones, porque, con frecuencia, más sirven para complicar que para ayudar a retener y comprender. Tal principio didáctico ha sido ilustrado por Comenius en la siguiente forma: "Si se quiere llenar con un líquido una botella cuya boca es estrecha, por supuesto que no se ha de echar de golpe todo el líquido, porque entonces éste se derramaría por los costados; luego, se echará gota a gota por la pequeña abertura. Análogamente se debe proceder en la enseñanza:

se irán introduciendo los conocimientos uno a uno en la mente, no en montón”.

Pero separar los varios asuntos que un tema contiene y delinea: sus verdaderos elementos constitutivos, sin mezclarlos ni confundirlos, es labor muy delicada. Supone toda una técnica, todo un arte, pues debe procurarse separar el tema en partes que formen, cada una, una unidad completa. Dice Comenius: “Vean al anatomista y al carnicero. Ambos dividen los cuerpos de los animales, pero ¿De qué distintas maneras! Aquél separa las piezas según su naturaleza (miembros, venas, órganos, esqueleto, etc.), con sumo cuidado para no separar lo que no deba ser, ni dejar en una pieza algún pedazo que no le pertenezca. Este otro despedaza los miembros, corta los órganos, forma partes a su antojo, sin preocuparse de la homogeneidad y la unidad de las mismas”. Claro está que si se presenta al alumno varias dificultades juntas, su inteligencia quedará abrumada ante el cúmulo de esfuerzo. Creerá insoluble el problema y se perderá en complejidades confusas. Debe dividirse el todo en sus partes principales, real o virtualmente, y luego separar los diversos elementos de cada parte, que es una unidad completa.

DIGNIFICACION DEL MAESTRO

No habrá escuela mientras no haya maestros. El maestro ejerce una profesión que es un verdadero sacerdocio, por la trascendencia de su misión y la austeridad moral que requiere. Sin embargo, parece que no se quisiera comprender que para dignificar la escuela hay que comenzar por dignificar al maestro. Cierto es que se ha hecho algo últimamente; pero ello es poco, muy poco. Mientras que en otras ramas del servicio público, como en la magistratura y en el ejército, el Estado ampara la posibilidad de una carrera honesta y bien retribuida, al maestro sólo le concede una irrisoria compensación económica, sin posibilidades de ascenso y de mejora. Clamando está la enseñanza por mejores maestros. Y no se perfeccionarán los actuales, ni se consagrarán nuevas mentes valiosas a la enseñanza, mientras el Estado no dicte el Estatuto del Maestro, redimiéndolo de su desesperanza.

En verdad, parece que todo conspira contra el maestro. Porque no es el Estado el único que lo abandona y menosprecia. Tam-

bién lo explota, en muchos casos, el propietario o director de los colegios particulares. Escuelas hay en la que el maestro percibe como congrua remuneración la suma de cincuenta centavos por clase. Y ni siquiera tiene el derecho de caer enfermo porque, cualquiera que sea el rigor de la estación, el profesor debe estar en su pupitre, bajo la amenaza cierta e implacable de descontársele del sueldo las horas que falte.

Otro enemigo del maestro, el más egoísta y engreído de todos, es el propio padre de familia. Si hoy la disciplina ha sufrido tan general relajamiento en los colegios, es a los padres de familia a quienes se debe inculpar ante todo. Porque ellos, lejos, de reprender al escolar que trae malas notas o que sufre un castigo, lo miman y malcrian. Si el profesor ha impuesto un castigo, el padre o la madre (cuántas veces) se banderizan con el alumno y alardean de la arrogancia que todo hijo suyo debe mostrar ante sus profesores. Y preferimos no mencionar a aquellos padres, cada día, por desgracia, más numerosos, que ni siquiera se toman la molestia de revisar los calificativos y papeletas que el niño trae del colegio. Bien conocemos multitud de casos, y en muy diversas escuelas, en que los alumnos han faltado al colegio durante tres o cuatro meses sin que sus padres se enteraran. Y raro es hoy el plantel de educación en el que se exija estrictamente las excusas por inasistencia.

Creemos, por eso, que debe pedirse a los padres de familia que colaboren en la obra de educar a sus hijos. Que respeten al maestro y enseñen al niño a respetarlo. La sociedad no ha dado aún al maestro la categoría que éste tiene en otros países. En realidad, algunos parecen creer que la categoría del maestro es intermedia entre la del empleado y el doméstico. Y, con la misma criminal despreocupación con que abandonan a sus hijos en manos de los servidores, los entregan al colegio, liberándose de todo cuidado. Al maestro, al hombre que plasma el alma del niño, no le conceden ni la menor atención. La realidad es ésta: el maestro no tiene categoría social definida y llega a la madurez biológicamente aniquilado. Si el ejercicio de otra profesión, cómo médico, abogado, ingeniero, etc., le ha concedido prestigio, es respetado. Pero si es puramente maestro —suprema categoría, cuando se es de verdad— entonces se le considera muy poco. La sociedad debe reaccionar de tan funesto error. La valoración, cuyo sentido de jerarquía se

ha perdido, ha de ser restaurada. Primero son los valores morales, después los intelectuales, y, por último, los de la fuerza o el dinero.

Es verdad profunda, y no simple figura retórica, afirmar que en las manos del maestro está el porvenir del Perú. Obreros anónimos, los maestros modelan las generaciones del futuro. Creadores silenciosos, ellos depositan la simiente patriótica y religiosa de cuya recta floración depende la grandeza de nuestros destinos. El día que se les haga completa justicia, saludaremos con júbilo al Perú que resurge. Porque, mientras holguemos en la riqueza material, descuidando la formación de los espíritus, no podremos esperar nada de sólido ni grande.

La medida del hombre no está en él. Está en la fecundidad de su esfuerzo. Es decir, en el entusiasmo y la pureza con que vuelque su espíritu entero sobre la mente y el corazón de la juventud para inculcarle devoción por los valores supremos.

Raúl FERRERO.